

El Nuevo Mundo y la fiebre por el oro

Profesora Dra. Elsa Otilia Heufemann-Barría

(Universidade Federal do Amazonas)

Desde tiempos remotos el oro ha gozado de una gran importancia para el hombre y muchas veces ha avivado las pasiones por el poder. Ningún otro objeto ha despertado tal veneración en un período de tiempo tan prolongado. En el siglo V a. C. el poeta lírico Píndaro lo describió como siendo “hijo de Zeus, al que no le devoran ni la polilla ni la herrumbre, pero cuya suprema posesión devora la mente del hombre” (PÍNDARO *apud* BERNSTEIN, 2000, p. 18). Es llamado de metal precioso por poseer un brillo perpetuo, a diferencia de los otros metales que se deterioran, se oxidan o pierden su belleza; ejerce también una inmensa seducción por su luminosidad y por su maleabilidad que permite que pueda adoptar cualquier forma, y, finalmente, por su carácter imperecedero, se constituye en el símbolo de la perfección y emblema de la inmortalidad. También ha colaborado para esta obsesión, la escasez con que se presenta en el mundo entero en relación a otros metales. En un primer momento fue utilizado como ornamento de indumentaria y de mobiliario, y posteriormente pasó a tener un valor comercial y a constituirse en un símbolo de riqueza y poder en la mayoría de las culturas.

El oro ha impulsado sociedades enteras, destrozado economías, determinado el destino de reyes y emperadores, inspirado las más bellas obras de arte, provocado actos horribles de unos contra otros y empujado a los seres humanos a soportar arduas condiciones con la esperanza de encontrar una riqueza inmediata y de aniquilar la incertidumbre (BERNSTEIN, 2002, p. 18).

Los alquimistas insistentemente intentaron crearlo en laboratorio, sin éxito. Los viajeros Marco Polo y Piercarpin, en el siglo XIII, a través de sus detallados relatos

por las tierras del Gran Can, afiebraron la mente de los habitantes europeos con sus registros sobre la enorme cantidad de oro existente en el Oriente. *El libro de las maravillas* de Polo tuvo un papel fundamental al fomentar la curiosidad en relación a tierras y culturas lejanas, exóticas y ricas, sirviendo de modelo para los viajeros de los siglos XV y XVI que se aventuraban por tierras extrañas. Una de las historias más comentadas entre las narradas por Polo es aquella que se refiere al reino de Preste Juan de las Indias, cuyas riquezas eran tales que poseía un palacio cubierto de tejas de fino oro y que “o piso das salas e de muitos quartos é revestido de tábuas de ouro, com dois dedos de espessura” (POLO *apud* MAGASICH-AIROLA, 2000, p. 99). Las expediciones que durante el siglo XV zarpaban de los puertos de Portugal y España iban movidos por el ansia de encontrar las ricas ciudades descritas por los viajeros.

Para los europeos de La Edad Media el oro se encontraba en países lejanos, de clima paradisíaco, puesto que los rayos de sol tenían poder de engendrar metales y piedras preciosas (MAGASICH-AIROLA, 2000, p. 99). El metal se encontraba en lugares de difícil acceso y que sólo quien tuviera mucha perseverancia, conseguiría encontrarlo. Cuando Colón llegó a Indias, al depararse con el paisaje y clima del Nuevo Mundo probablemente lo relacionó con la creencia, lo que provocó una búsqueda incesante e insistente del metal dorado; esto lo demuestra al referirse al asunto en su primer viaje, cuando registra, el segundo día de su arribo al Nuevo Mundo: “Y yo estava atento y trabajava de saber si avía oro [...] ir al Sudueste a buscar el oro y piedras preciosas” (COLÓN, 2000, p. 61); y a partir de ahí la preocupación por el oro se torna recurrente en el diario dejado por el Almirante, quien imagina que está cerca de la fuente: “Andar muchas islas para fallar oro [...] no puedo errar con la ayuda de Nuestro Señor que yo no lo falle adonde nace” (*Idem*, p. 66). “En amaneciendo, dio las velas para ir su camino a buscar las islas que los indios le dezian que tenían mucho oro, y de algunas que tenían más oro que tierra” (*Idem*, p. 139). El 21 de octubre Colón da muestras que conoce la obra de Marco Polo, cuando explicita que

está cerca de la isla de Cipango, que intentará hablar con el rey y podrá comprobar la existencia de todas las riquezas que dicen que existen; también quiere llegar a tierra firme y “dar las cartas de Vuestras Altezas al Gran Can y pedir respuesta y venir con ella” (*Idem*, p. 75). Bartolomé de las Casas, el 21 de noviembre de 1492 confirma la creencia de Colón, cuando anota que a causa del calor reinante “el Almirante supone que en las regiones que está visitando debe haber mucho oro” (*Idem*, p. 99).

En el siglo XVI, cuando los españoles llegaron al Nuevo Mundo y después de la captura de los inmensos tesoros aztecas en 1521 e incas en 1532, se demostraron muy impresionados por las riquezas y percibieron que aunque no eran las tierras de Cipango, ni de Ofir y tampoco era la Península de Oro, todo era posible en aquellas tierras y que otros tesoros, incluso mayores, podrían encontrarse. Se cuenta que en un banquete ofrecido por Cortés después de la caída de Moctezuma, hubo hombres que decían que comprarían caballos con sillas de oro y ballesteros que harían sus armas del mismo metal (GANDÍA, 1929, p. 107); y se llegaba al extremo de repartir hasta con un perro el botín, por el servicio que prestaba para cazar indios (FERNÁNDEZ DE OVIEDO *apud* GANDÍA, 1929, p. 108).

El primer registro escrito sobre la existencia de gran cantidad de oro en la región andina surge con la prisión de Atahualpa, en la localidad de Cajamarca, quien, para obtener su libertad, entrega una suma hasta hoy incalculable. Bernstein registra que los metales preciosos fueron llevados a Cajamarca desde todas partes del imperio, siendo que solamente del Templo del Sol de Cuzco se organizaron doscientas cargas de oro que fueron trasladadas sobre los hombros de los humillados indios (2002, p. 134). El mismo autor concluyó que las riquezas que llenaron la estancia de Atahualpa superaban “el total de la producción anual en Europa en aquel momento o, era comparable a veinte años de producción de las minas peruanas” (2002, p. 135). A partir de ese momento, y por muchos años durante la conquista del Perú, la codicia por el oro y la plata llegaba a extremos insospechados por parte de los

conquistadores, transformándose en una constante en sus mentes que lo buscaban a cualquier precio, incluso de sus vidas.

De esta forma, nació la fiebre del oro entre los españoles, que, en un primer momento acudían masivamente a los ríos y trabajaban sin descanso en los lavaderos para extraer pequeñas cantidades. Posteriormente, los indígenas fueron obligados a ejecutar este trabajo, no solo en ríos, sino en minas, tarea que resultó devastadora para la población nativa, causando altos índices de mortalidad, así como también contribuyó para la destrucción de las formas indígenas de organización social y para la pérdida de sus valores culturales. Fray Bartolomé de Las Casas en su *Brevísima relación de la destrucción de las Indias* denuncia innumerables casos de violencia perpetrados contra los indígenas cuando estos no les daban el oro que los conquistadores esperaban, y sostiene que la causa de tanta muerte y destrucción “ha sido solamente por tener por su fin último el oro y henchirse de riquezas en muy breves días, y subir a estados muy altos y sin proporción de sus personas por la insaciable codicia y ambición que han tenido” (1987, p. 36). En la primera mitad del siglo XVI se inicia la explotación de minas de oro y después de plata. Felipe Guamán Poma de Ayala hace una denuncia al respecto cuando sostiene que los indígenas huían para no ir a las minas

a padecer tormentos y martirio y por no padecer en aquel infierno aquellas penas y tormento de los demonios; otros se huyeron de dichas minas, otros de los caminos por no llegar a las dichas minas, y por no morir muerte súbita, antes quieren ir a morir que a vivir... (1987, p. 542).

Los indígenas formaban parte de otro mundo, donde no conocían el dinero, ni el valor económico del oro y tampoco sabían diferenciar el ocio del trabajo; se dedicaban a la caza y recolectaban su alimento, sin estar sujetos a horarios ni salarios. Por eso demoraron para entender el excesivo interés por un metal que para ellos no tenía valor económico, sino que representaba un símbolo religioso, señal de poderío y

blasón de nobleza. El metal constituía también un medio sagrado para muchas civilizaciones precolombinas, entre ellas la Inca, debido en parte a su brillo incorruptible y a sus asociaciones rituales y mitológicas con el sol, con el mundo de los espíritus y con la fertilidad. Era usado como adorno decorando nariz y orejas; también en los arreos del Inca y se reservaba para las vasijas del templo y para la lámina de oro que servía de imagen del sol colocada hacia el Oriente, que debía recibir diariamente los primeros rayos del astro divino y protector. Un códice azteca registra el excesivo interés de los conquistadores por riquezas: “La hambrienta codicia y avaricia que ellos tenían, que eso tienen los codiciosos ojos, que mientras más les dan, más quieren y nunca están hartos...” (IXTLILXOCHITL *apud* DURAND-FOREST, 1988, p. 123). Por su parte Guamán Poma relata: “Cada día no se hacía nada sino pensar en oro y plata y riquezas de las Indias del Perú; estaban como un hombre desesperado, tonto, loco, perdido el juicio con la codicia del oro y plata; a veces ni comía, por el pensamiento de oro y plata” (1987, p. 380).

Bartolomé de Las Casas en *Historia de las Indias* relata que debido a la ceguera de los conquistadores por metales preciosos, los indios comenzaron a percibir que, dándoles pistas falsas podían liberarse cuanto antes de su molesta presencia y evitar de esta forma las crueldades de que eran objeto: “Fingir que en tales y tales partes había inmensidad de oro y que habían de hallar las sierras y montañas todas doradas. Ellos todo lo creían...” (LAS CASAS *apud* GANDÍA, 1929, p. 109).

Pero, sin duda fue la noticia de la existencia de un pueblo todo de oro que inflamó aún más la mente de los españoles. El mito de El Dorado, originado de una leyenda *chibcha*, se fue distorsionando a tal punto que dejó de aplicarse al cacique indio que se espolvoreaba con oro en ciertas ceremonias, y fue aplicada a cualquier región fabulosa poseedora de gran cantidad del metal. Un número indeterminado de expedicionarios sucumbió al encanto de El Dorado, que fue infructuosamente buscado por todos los rincones de América, como consta en relatos dejados por los propios

exploradores en sus crónicas, donde quedaron registradas sus experiencias e impresiones. Muchos de ellos se perdieron en las selvas, murieron a causa de extrañas enfermedades, picaduras de víboras y hambre, pero esto no detuvo a otros obstinados aventureros que buscaban su gloria personal y por sobre todo, la riqueza material del oro. Entre ellos se aventuraron Sebastián de Benalcázar, Felipe de Hutten, Gonzalo Pizarro, Nicolás Federman, Jiménez de Quesada, Diego de Ordás, Pedro de Ursúa y Lope de Aguirre, Alonso de Herrera, entre otros. Nunca ha sido hallado, pero la imagen de un sitio de incalculables riquezas no ha perdido su poder de seducción. Esta asociación del lugar dorado con riquezas superiores a lo posible, transformó al Dorado en un motivo ficcional y mítico. Se había encontrado tanto oro en el Nuevo Mundo que nadie dudaba de que existiera todo un reino de oro en alguna parte. Desde el siglo XVI y hasta el siglo XX se tienen noticias que la laguna de Guatavita, en Colombia, donde el príncipe dorado se bañaba y se arrojaban ofrendas, ha sido dragada algunas veces con la tentativa de encontrar el mítico tesoro. Según Enrique de Gandía el único móvil de la empresa de la conquista fue el oro y que la palabra de Cristo fue la luz de algunos misioneros, siendo que el imán de los conquistadores fue la ilusión del metal (1929, p. 104).

¿Habría explicación para esta obsesión de los conquistadores? En los siglos XV y XVI los reyes de España estaban al borde la bancarrota, producto del fin de la guerra de la Reconquista y de la expulsión de los moros y judíos, siendo que estos últimos se habían llevado el oro. Por otro lado, nacían los estados modernos europeos, lo que exigía un incremento del comercio y un acrecentamiento de la circulación de dinero; de ahí la preocupación por el metal dorado. Sumado a esto la mentalidad medieval de los expedicionarios, cuya imaginación estaba poblada de fábulas, mitos y leyendas clásicas y del Oriente, que unidas a la realidad “maravillosa” del Nuevo Mundo contribuyó a americanizar este imaginario. Pero, especial motivo para obsesionarse por el oro era la posibilidad de acumular riquezas, llevarlo al

monarca y así obtener su reconocimiento, traducido en algún título nobiliario, convertirse en señores y de esta forma alcanzar la tan deseada honra, anhelo mayor de todo expedicionario español pobre, que se aventuraba en el Nuevo Mundo. Según algunos autores, el afán de conseguir honra y fama, valores fundamentales en la época, excedía al afán de oro.

A partir de Colón y prácticamente en todas las Relaciones o Crónicas existentes que narran episodios o experiencias de conquistadores, las hiperbólicas referencias con respecto al oro son recurrentes, y las noticias que sobre América se esparcían por Europa exaltaban la imaginación de los aventureros con historias fabulosas jamás igualadas por la fantasía humana.

Pablo Neruda consigue traducir en bellas palabras esta cruel y enloquecedora búsqueda, marcada por la violencia, pugna, contradicción, ruptura y sometimiento:

Todo se lo tragaban, con religiones, pirámides, tribus, idolatrías... Pero a los conquistadores se les caían de las botas, de las barbas, de los yelmos, como piedrecitas, las palabras luminosas que se quedaron aquí, resplandecientes... el idioma. Salimos perdiendo... salimos ganando. Se llevaron el oro y nos dejaron el oro. Se llevaron mucho y nos dejaron mucho... Nos dejaron las palabras (1994, p. 66).

Referencias

BERNSTEIN, Peter L. *El oro, historia de una obsesión*. Buenos Aires: Ediciones B Argentina, 2002.

CASAS, Bartolomé de las. *Brevísima relación de la destrucción de las Indias*. México: Fontamara, 1987.

COLÓN, Cristóbal. *Los cuatro viajes. Testamento*. Madrid: Alianza, 2000.

DURAND-FOREST, Jacqueline. La imagen gráfica del español en los códices y crónicas mexicanas. In: SOLANO, Francisco de *et al.* *Proceso histórico al conquistador*. Madrid: Alianza, 1988.

GANDÍA, Enrique. *Historia crítica de los mitos de la conquista americana*. Madrid: Soc. General Española de Librería, 1929.

MAGASICH-AIROLA Jorge; BEER, Jean Marc de. *América mágica. Quando a Europa da renascença pensou estar conquistando o Paraíso*. São Paulo: Paz e Terra, 2000.

NERUDA, Pablo. *Confieso que he vivido*. Barcelona: RBA Editores, 1994.

OVIEDO, José Miguel (Org.). *La edad del oro*. Prólogo de Mario Vargas Llosa. Barcelona: Tusquets, 1986.

POMA DE AYALA, Felipe Guamán. *Nueva crónica y buen gobierno*. Madrid: Siglo XXI, 1987. (Colección Crónicas de América).